

La prensa órgano de mentira.

(«La Nación», Buenos Aires (A. A.), 21 junio 1911).



# LA PRENSA ORGANO DE MENTIRA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1911.

No sé si recordarán todavía mis habituales y benévolo lectores de «La Nación», cómo el año pasado, á raíz del atentado del joven Manuel Posa contra D. Antonio Maura escribí sobre el hecho, á mi entender altamente sugestivo, de que en el registro que la policía hizo en casa de dicho joven hubiese encontrado en amigable consorcio libritos y folletos anarquistas, pornográficos y espiritistas. Tratábase, sin duda, de un pobre enfermo, enfermo de cuerpo y de espíritu, pero tratábase también de un producto de una sociedad, ó por lo menos de una clase ó parte social enferma. La enfermedad de Posa no es sino la concreción individualizada de una enfermedad general.

Acaba de verse en la audiencia de Barcelona la causa contra Manuel Posa por tentativa de homicidio y las circunstancias que á ese sencillo acto de justicia han acompañado ponen tristeza en el ánimo, revelándonos la gravedad de una de las dolencias que afligen á esa desventurada ciudad de Barcelona, muy digna de muy otra suerte. Cierto es que la ciudad, por su parte, se defiende bravamente contra sus propios males y busca dominarlos.

No sólo se ha visto en la vista de esa causa el deliberado propósito de los jurados de absolver á toda costa al reo y aun, si pudieran, de negar el hecho que se le imputa y que tan público es, sino que se ha visto por una parte del público el intento de decretar la licitud moral y hasta jurídica de atentados semejantes.

A la vista tengo un artículo de un semanario catalán, en que bajo un retrato de Manuel Posa—y no faltará quien no más que para salir así retratado siga su ejemplo—y con el título de «El epilogo del atentado», se insertan unas cuantas enormidades que en parte he de reproducir, traduciéndolas—pues están en catalán—aquí.

Empieza llamando á la juventud de Posa «violenta, neurótica, anormal, lo que se quiera, pero heroica». Es el colmo de la leyenda y de la frescura. Pero téngase en cuenta que los que quieren hacer de ese pobre chico un héroe, no más que por haber atentado contra Maura, son los que quieren hacer de Ferrer un apóstol y un sabio y un educador.

Sigue diciendo el semanario que estos atentados están sobre el bien y el mal que el código juzga, y en esto de «per sobre del bé y del mal» delátase el autor del escrito como un pobre diablo á quien se le ha indigestado Nietzsche como al pobre Posa se lo indigestaron los folletos anarquistas, espiritistas y pornográficos que leyera. «Posa no será jamás un criminal—sigue diciendo—y si en un régimen de tiranía se le hubiese cortado la mano vengadora, un movimiento popular habríale llevado á



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

junio 1911)

La prensa órgano de mentira.

- 2 -

3-70



la glorificación.» ¿Qué régimen de tiranía es ese á que se alude? ¿Mano vengadora de qué? Pero sigamos: «Estos jóvenes pálidos que, como las vírgenes homicidas de la Biblia, sacrifican á su ideal su vida, son hombres representativos que dan relleno de sangre á las ansias colectivas. Y por eso el pueblo les perdona, porque ellos son el pueblo instintivo, rectilíneo que cree, como los legisladores, que la pena de muerte corrige á los tiranos...» Alto aquí.

El pueblo instintivo, rectilíneo!... Y si alguna obligación tiene la prensa es la de contribuir más que nadie á que ese instinto se haga reflexión y á que esa rectilíneidad, condición de fuerzas ciegas, sea convertida por la ciencia en algo que sepa acomodarse á las mil variaciones del terreno. ¿Pero es que ha sido el pueblo, el pueblo instintivo y rectilíneo, el que ha armado la mano que se dice vengadora de Posa? No, no ha sido el pueblo; ha sido la prensa. Y la prensa no es el pueblo ni mucho menos, no es ni siquiera, en España, por lo menos, representación ó conciencia del pueblo.

Si un pueblo siente, él, el pueblo mismo, si siente sobre sí el peso de una tiranía cualquiera es muy natural que procure sacudírsela y que para lograrlo llegue hasta á armar la mano de un tiranicida. No sé si esto está ó no por encima del bien y del mal, porque no entiendo del todo, esta hoy tan asendereada categoría, pero creo saber que como todo impulso colectivo, popular, está fuera de la que llamamos libertad de albedrío y que, dese de ella la explicación filosófica que se quiera, sólo al individuo puede referirse. Y en tal sentido un pueblo no es libre, aunque lo sean cada uno de los individuos que le integran... ¿Pero el pueblo español, el pueblo instintivo, rectilíneo, sintió el peso de esa tiranía de que el pobre Posa quiso librarnos? Lo afirmo redondamente, no! Posa no sacó su determinación de las entrañas del pueblo, Posa no fué un hombre representativo del pueblo. ¿De quién ó de qué lo fué? De una parte de la prensa, que ni es el pueblo, ni le representa, ni le dirige, sino á lo más le engaña y le explota.

El articulista saca luego á relucir á Bruto, á Lucrecia, á Ravallac, á Clément, á Carlota Corday, á Orsini. Bueno, demos por supuesto—y no es poco dar—que Maura es ó ha sido un execrable tirano de su pueblo; ¿sabía Posa que lo era? ¿por dónde lo sabía? ¿qué actos tiránicos de Maura sufrió ó vió sufrir á otro ú oyó que los sufrieran? Cuando la revisión última del proceso Ferrer en el congreso nadie se atrevió á decir como se atreven ahora respecto al pobre Posa, que los actos que se le imputaban y por los que se le condenó á muerte fuesen ciertos y que hizo bien con ellos; en lo que todos sus defensores hacían hincapié era en pretender demostrar más ó menos abogados únicamente, es decir, más ó menos sofisticamente, que esas imputaciones no estaban bien probadas, fuesen ó no ciertas, y algunos negaban que lo fuesen. Era el camino derecho. Lo de afirmar que hizo aquello de que se le acusó y que hizo bien en hacerlo queda para cuando cambien los tiempos, si es que cambian tanto como para eso. Pues bien, si r.c se debía haber condenado á Ferrer no habrían prueba de su delito



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S/USAL.ES



de sedición, ¿se debe condenar á Maura no habiendo prueba de su tiranía? Y aun cuando hubiera podido haber pruebas del delito de Ferrer no podían sus jueces haberle condenado no teniendo ellos esas pruebas. ¿Tenía Posa pruebas de la tiranía de Maura? Es, se me dirá, que Posa no fué sino un instrumento, un ejecutante, como no fueron otra cosa los soldados que fusilaron materialmente á Ferrer en los fosos de Montjuich; fué el pueblo instintivo y rectilíneo el que puso el revólver en manos de Posa. Y repito, ese supuesto pueblo que así armó á Posa, ¿tenía pruebas de la tiranía de Maura? No, no las tenía. Y una vez más no fué el pueblo, fué una parte de la prensa periódica la que empujó al atentado á ese pobre muchacho lector de anarquismo, espiritismo y pornografía.

Pene espanto lo que aquí ocurre desde hace algún tiempo. Nos están falsificando la historia contemporánea, la del día lo que ocurre á nuestros propios ojos. No puede uno presenciar un suceso cualquiera de alguna trascendencia política ó social y leer luego como lo relatan los distintos diarios, cada uno según sus tendencias. Alguien podrá creer que hay un modo de formarse idea, siquiera aproximada de la verdad, cual es tomar los diarios más opuestos en ideas y sacar el término medio, pero los términos medios apenas si tienen valor más que en las relaciones cuantitativas.

Si tratándose de una manifestación pública ó de un mitin, v. gr. un diario dice que asistieron mil personas y otro que asistieron diez mil cabe suponer que asistieron unas 5500, esto es 1000 más 10.000 por 2. Pero si un diario dice de un político de un escritor, de un actor, de un artista que es un imbécil y otro que es un genio no se sabe qué suponer porque entre estas diferencias no hay términos medios. El hombre de inteligencia mediana no es el término medio entre el imbécil y el genio.

Es, digo, una persistente y sistemática falsificación de la verdad, es el cultivo consciente de la mentira. Es la aplicación del mote—y el mote puede ser reaccionario, ó clerical, ó anarquizante, ó anti-patriota, ó retrógrado, ó vaticanista, ó mason, ó afrancesado, ó francófono, ó parodojista ó exhibicionista, ó concusionario ó... ó... ó...—y la aplicación del mote exime de ulterior estudio. Referencias bien documentadas y bien comprobadas de hechos concretos, es lo que falta.

Esté ha sido, bien lo sé, un mal de siempre, de todos los tiempos y de todos los lugares pero aquí, en España, y en estos últimos años en que parece se toma á nuestra patria de campo de ensayo para ciertas doctrinas sociales, el mal se agrava. Los españoles que no hemos perdido aún la serenidad, y que aunque seamos los más somos, con rarísimas excepciones como la mía, los más callados, nos asombramos al leer en diarios y libros extranjeros lo que de nosotros se dice y como no es que se interprete mal lo que aquí pasa sino que se deforme eso mismo que pasa. Y la diferencia es grande. Que venga acá un francés, un inglés, un alemán, un argentino, un norteamericano, un ru-





3-70

so, observe lo que pasa y ve y lo cuente fielmente, aunque luego no sepa interpretarlo, aunque las apariencias le engañen aunque pugne por exterioridades, aunque del entusiasmo con que en un pueblo v. gr. se celebra la fiesta de la patrona deduzca que aquel es un pueblo fanáticamente religioso ó de que al atravesar entre una región no viendo en ella altas chimeneas concluya que allí no hay industria alguna, todo esto puede pasar. De que uno partiendo de aquello de que donde hay humo hay fuego concluya que donde hay fuego debe haber humo no se saca sino que su lógica es bastante caprichosa; tan caprichosa como la del sujeto que no podía convencerse de que tuviese importancia una gran fábrica de curtidos que hay aquí cerca en vista de que no tiene una gran chimenea empenachada de humo. Este sofisma del humo es el sofisma favorito de los progresistas más ó menos europeos. Casi todos los que nos vienen á moler los oídos con eso del progreso no saben apreciarlo sino por el humo. Pero todo esto al fin es disculpable. Lo que ya no lo es, sería el que ese francés, ese inglés, ese alemán, ese argentino, ese norteamericano ó ese ruso afirmara que hay humo donde no le hay ó que no le hay donde le hay. Y de afirmaciones de estas, de mentiras, no ya errores de hecho están plagados los escritos que sobre España se escriben. La mayor parte de las cosas que sobre el clericalismo en España, v. gr. se dicen son falsas, y no en cuanto á la interpretación, sino en cuanto al hecho. Por ejemplo, que del hecho de que en un pueblo cumplan casi todos los obreros con el precepto pascual se deduzca la acendrada fe de ellos sería una precipitación porque podrían muy bien ser dependientes de dos ó tres casas cuyos dueños les obligasen á ello so pena de despedirlos—cosa que, por lo demás tampoco ocurre—pero que un señor novelista, ¡y tan novelista! francés diga que la mayoría de los obreros de esta ciudad en que vivo comulgan cada año, es pura, y sencillamente una mentira de hecho, ya que la verdad es lo contrario.

Se ha publicado en inglés una obra de un tal Ward que se titula «La verdad sobre España» y es el mayor cúmulo de mentiras y de embustes, de falsificaciones de hecho, que sobre nuestra patria se ha echado. Pues bien, y ahora viene lo triste, todas esas mentiras las ha oído Mr. Ward en España; son españoles, es sobre todo un español (?) quien se las ha dictado. «¿Usted ha visto, ha sido testigo de eso que ahí cuenta?» podría preguntarle uno á Mr. Ward, y él nos contestaría: «no, pero lo he oído en España de labios de españoles». Y esto sí que es verdad. En cierta ocasión me decía un belga muy inteligente y muy observador á quien encontré en cierta comarca de España: «desde que llegué aquí no oigo hablar sino de los estragos que hace el alcohol, pero aun no he visto un solo borracho». Y yo le respondí: «no haga usted caso, es por darnos importancia; eso de que haya alcoholismo viste mucho; queremos europeizarlos». El mismo belga se asombraba de oír que es la nuestra una raza desmedrada, porque no come y me decía que el obrero de su tierra tiene mejor casa, viste me-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

for, siente más la necesidad de ciertas comodidades, pero no come, por término medio, mejor que el obrero español. Y le respondió: aquí apenas si empezamos á viajar y á enterarnos de lo de fuera, y cuando sentimos algún malestar damos en decir

que nadie está peor que nosotros á aquel respecto».

Si se toma uno la molestia de ir buscando por estas tierras á las víctimas de la horrenda tiranía inquisitorial que nos consume, se encuentra con que cada uno le dice: «no, á mí no me ha pasado nada; pero dicen que á Fulano de tal...» Y así se hace la leyenda, por un «dicen».

Me acuerdo haber una vez leído en cierto periódico, que se publicaba en esa república y se decía español, que al señor Moraita se le separó de su cátedra por un discurso de apertura cuando no hubo tal cosa ni nada que se le pareciese. Lo que pasó es que el señor Moraita leyó un discurso—aprobado antes por su rector—perfectamente heterodoxo y lo leyó sin que nadie le molestase y al acabar, el ministro de instrucción pública que presidía el acto, católico ferviente, creyó deber protestar de las ideas que el catedrático con toda libertad vertió. Y protestó de ellas, y no pasó más, sino que el ministro se fué á su ministerio y el catedrático á su cátedra donde continuó explicando—y era en gobierno de conservadores—lo que bien le parecía. Desde ciertas separaciones, allá por el año 1876, á raíz de la Restauración y cuando aun estaban excitadas las pasiones, no se ha impedido á ningún profesor en España manifestar sus ideas. Fiensen, pues, los que en esa república escriben periódicos republicanos españoles—antes republicanos que españoles—si se debe acoger y reproducir embustes con que se perjudica no al gobierno de la nación de que son hijos, sino á la nación misma. Embustes como ese, sobre España, he leído muchos en periódicos españoles de aquí y de ahí.

Nos hemos pasado la vida execrando de aquella máxima que todos, de común acuerdo, atribuimos á los pesimistas, de que el fin justifica los medios, pero ahora resulta que le estamos poniendo en vigor. La verdad máxima es esta: mi fin justifica mis medios, el fin de mi adversario no justifica los suyos. Formulada de este modo gana en claridad, en exactitud y en eficacia. los jesuitas y sus congéneres no tienen derecho á usar los medios de que usan para conseguir su fin, que es un fin malo, pero nosotros tenemos derecho á valerlos de los medios de que nos valemos ya que nuestro fin es un fin bueno. Ahora si nos preguntan ustedes cuál es nuestro fin no sabremos responderlo á las claras. Nuestro fin es aplastar al tirano. ¿Y cuál es el tirano? Pues bien claro está, el tirano, el que ejerce la tiranía. ¿Y por qué dicen ustedes que ejerce la tiranía? Pues porque es un tirano.

Dicen Las Partidas, y el orador argentino Félix Frías lo recordó aplicándolo á Rosas, que el castigo de quien oprime y veja á un pueblo es que las gentes puedan llamarle tirano.

Y de aquí parece han deducido algunos que todo aquel á quien un pueblo le moteje de tirano lo es ya. Y acaso pueda sos-



3-70



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

3-70

tenerse esta tesis—yo la sostendría—si en efecto, un pueblo, el pueblo mismo, el pueblo instintivo y rectilíneo diera en odiar como á un tirano á quien lo gobernase ¿pero qué es eso á que llamamos pueblo? ¿qué órganos de expresión tiene el pueblo?

Observan muchos, y entre ellos no pocos extranjeros, que mientras nuestra prensa estaba clamoreando á diario las supuestas arbitrariedades y los tiránicos atropellos de uno de nuestros gobiernos, el pueblo se estaba tan tranquilo, y de aquí deducían que este es un pueblo muerto, sin pulso como dijo Silvela, indiferente á todo, incluso á sus propios males. No faltan por ahí fuera quienes asombrados de buena fe porque el pueblo español no se haya levantado en masa contra el fusilamiento de Ferrer, se limiten á decir con una mezcla de estupor y de lástima: ¡este es un pueblo incomprensible! Un famoso escritor francés, que cuenta con no pocos admiradores en ese Buenos Aires, y que por meterse en lo que no entiende—habilidad frecuente y en la que luce no poco su ingenio—se pone á hablar de las cosas de España de cuando en cuando, comparaba nuestra tierra al Tibet, que supongo conoce tan bien como esto. Y es claro, dos cosas que uno desconoce igualmente á fondo, son una misma cosa. Mas volviendo al caso ello es que si nuestro pueblo, el instintivo y rectilíneo, se estuvo tan tranquilo, es porque no es fácil engañarle en lo que ve, oye y toca por sí mismo. «¿Qué te tiranizan!» le gritan, y él se está, tan campante. ¡Es que no lo siente! dirán. No, es que no le tiranizan, sino que le mienten.

A las veces pienso que es mejor ser analfabeto si es que de saber leer no ha de leer uno sino mentiras periodísticas, vanidades anarquistas, fantasías espiritistas y asquerosidades pornográficas que le lleven á uno á una juventud violenta, neurótica, anormal, pero heroica (!!!) de vengador de tiranos de la mentira.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES